

DIEZ AÑOS DE LA PROCLAMACIÓN CALIFAL DEL ISIS EN MOSUL



Diez años han pasado ya desde que Abu Bakr Al Bagdadi proclamara desde la Gran Mezquita de la ciudad iraquí de Mosul el lanzamiento del proyecto califal, es decir, el de la constitución de un Estado Islámico, uno solo y con el objetivo de dominar el mundo bajo el estandarte del, según él y sus seguidores, mejor de los gobiernos posibles, el basado en el Islam y en la Sharía. El hecho de que el Estado Islámico (en adelante EI) como ambicioso actor terrorista no ha sido derrotado, unido a que su proyecto ideológico sigue en pie, nos obliga a combatirlo en los diversos frentes en los que actúa, y ello tras hacer un rápido balance de su década de existencia.

LAS CLAVES DEL PROYECTO

La invitación de Al Bagdadi, también conocido como el “Califa Ibrahim”, se producía en un contexto definido por la cristalización de las perniciosas consecuencias de las mal llamadas “Revoluciones o Primaveras Árabes”, que era también resultado de una evolución, preocupante, en el seno de la ideología yihadista salafista.

El ensimismamiento occidental ante las revueltas que se fueron sucediendo entre el otoño de 2010 y el primer trimestre de 2011, en escenarios que abarcaban en orden cronológico desde el Sáhara Occidental ocupado por Marruecos en el oeste, pasando por Túnez, Egipto y Libia, y que alcanzaron a Yemen, Bahrén o Siria en el este del mundo árabe, fue una enorme manifestación de ingenuidad, más grave si cabe, pues dicho proceso fue también fomentado, y mucho, desde regímenes autoritarios del mundo árabe (varias monarquías del Golfo) e islámico (Turquía), actores que por supuesto no buscaban democratizar esos escenarios sino reforzar en ellos su perniciosa influencia autoritaria y, en todos los casos, islamista.

LA NO DERROTA DEL MISMO

El Estado Islámico, aprovechando el escenario de caos generado, aunque no solo, por las revueltas árabes, pues a él deben sumarse procesos de deterioro de la seguridad provocados por los efectos de la guerra contra el terror iniciada en 2001 en Afganistán o por la invasión de Irak lanzada dos años más tarde, surge como uno de los efectos más perniciosos de todas las dinámicas evocadas.

Las capacidades y liderazgo que alcanzó Al Bagdadi al frente de su grupo a caballo entre Siria e Irak le permitieron lanzar su ambiciosa invitación desafiando con ello el liderazgo del yihadismo que hasta entonces ejercía Al Qaida, y lo hizo desempolvando el viejo proyecto califal, es decir el mejor de los gobiernos posibles en la Tierra, proyecto que anida en el seno del Islam desde los tiempos más pretéritos de esta religión monoteísta.

Las victorias del EI sobre el terreno, su brillante campaña de publicidad y su proyección por doquier desde el embrión califal llevaron a una ingente afluencia de aspirantes no solo para combatir sino también para formar parte de la población del ‘Califato’. Hombres, mujeres y niños llegaban para alimentar un proyecto que iba además expandiéndose en términos ‘administrativos’, declarando provincias (wilayat en árabe) siendo la primera la Wilaya Al Sina, la Provincia Califal de la Península del Sinaí, y expandiéndose hacia el Magreb por el oeste, declarando tres provincias en Libia (Tripolitania, Barqa o Bengasi y el Fezzan) o una en Argelia (Jund Al Khilafat), y hacia el este buscando tierras rusas en el Transcáucaso y en los confines de Asia Central, o chinas en el Xinjiang, en lo que los islamistas conocen como el Turquestán Oriental. En esos y otros escenarios (Afganistán y Pakistán o Filipinas en Asia, el Sahel o el norte de Mozambique en África, etc.) el EI se hacía visible no solo en términos de atentados sino también, y peligrosamente, en términos de expansión de su ideología y de exitoso reclutamiento.

Particularmente preocupante ha sido y sigue siendo la presencia del EI en suelo de Europa Occidental, reflejado en atentados –realizados unos y frustrados otros--, pero visible también en el desafío de seguridad, político y sociológico que supuso la emigración de nacionales y de residentes a las tierras califales y la vuelta de muchos de ellos años después como retornados. De todos los atentados producidos en suelo europeo bajo el estandarte del EI hemos de destacar los realizados el 14 de noviembre de 2015 por varios equipos de ataque del EI que provocaron, en pocas horas y en París, 130 muertos y múltiples heridos. Tan sofisticado ataque llevó a Francia a declararse en guerra contra el EI y a invocar el artículo 42.7 del Tratado de la Unión Europea (UE), algo que nos permitió rememorar cuán peligrosos pueden acabar siendo

actores no estatales hostiles, en este caso terroristas, en la línea de lo que Al Qaida había provocado el 11 de septiembre de 2001 en los EE. UU., llevando entonces a la superpotencia a declararse también en guerra, invocando en aquel caso el artículo 5 del Tratado de Washington, constitutivo de la Alianza Atlántica.

Aunque en el embrión califal de Oriente Próximo/Oriente Medio el Gobierno iraquí declaró la derrota del EI, en Irak en 2017, y el Gobierno sirio la derrota del EI, en Siria en 2019, lo cierto es que el grupo terrorista sigue activo en ambos países, y una coalición internacional liderada por los EE. UU. junto a otros instrumentos, tanto nacionales como internacionales, siguen haciéndole frente en la actualidad.

EL EI HOY: SUPERVIVENCIA Y MUTACIÓN DEL GRUPO Y ESCENARIOS DE ACTUACIÓN

Aunque hoy ya no perduran los flujos de emigrantes hacia las tierras del Califato, que tanto nos preocuparon en los primeros años de la cristalización del EI, este grupo terrorista, y la ideología que lo alimenta hasta hoy, sigue y seguirá siendo motivo de preocupación para España y los demás países occidentales. Y lo es por al menos dos motivos principales.

El primero es la no derrota del grupo, y su capacidad para afianzarse en lugares vulnerables. Y estos van desde el escenario de Afganistán, donde la vuelta de los Talibán al poder en agosto de 2021 expulsó a Occidente de aquel territorio, y donde la antena regional del EI, el denominado Estado Islámico de Jorasán, golpea en la región y también ha

golpeado con saña en Moscú en tiempos recientes, hasta la perduración del grupo en Oriente Medio, el centro y el sur de Asia y, sobre todo, en suelo africano. África se ha convertido en tiempos recientes en el escenario de mayor y más letal implantación de grupos yihadistas, ubicados bajo los estandartes tanto de Al Qaida como del EI, pero donde estos últimos lideran escisiones en prácticamente todos los grupos terroristas yihadistas que operan en el territorio (Boko Haram, Al Shabab, antenas magrebíes y sahelianas, etc.) o están detrás del surgimiento de sorprendentes herramientas terroristas en latitudes tradicionalmente alejadas de su perniciosa proyección como la República Democrática del Congo, en África Central, o Mozambique, en África Austral.

Y el segundo tiene que ver con una de las peores consecuencias del surgimiento del EI y de su consolidación como proyecto califal: el fenómeno de los emigrados para alimentar dicho proyecto, y el progresivo regreso de los mismos a sus países de origen una vez el proyecto califal si no derrotado sí fue al menos frenado en relación con su ambiciosa expansión. Los retornados son hoy y seguirán siendo en los próximos años un complejo grupo de personas – hombres, mujeres y niños – que, ante las dificultades para, una vez capturados, ser mantenidos alejados de sus países y regiones de origen en superpoblados campos de detención en Siria o Irak, acaban volviendo a casa, y ello tras años de haber acumulado vivencias y experiencias en el proyecto califal y, por tanto, alimentando toda una épica de combate que será bien recibida y asimilada, dentro y fuera de las prisiones, y más en los tiempos llenos de agravios y de zonas grises que nos toca y nos seguirá tocando vivir.